

¿LA MANIPULACIÓN INFORMATIVA DESTRUIRÁ A LA DEMOCRACIA?

JOSÉ JULIO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ



eBook en www.colex.es



¿LA MANIPULACIÓN INFORMATIVA DESTRUIRÁ A LA DEMOCRACIA?

EDICIÓN 2024

José Julio Fernández Rodríguez

Catedrático de Derecho Constitucional

COLEX 2024

Copyright © 2024

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) garantiza el respeto de los citados derechos.

Editorial Colex S. L. vela por la exactitud de los textos legales publicados. No obstante, advierte que la única normativa oficial se encuentra publicada en el BOE o Boletín Oficial correspondiente, siendo esta la única legalmente válida, y declinando cualquier responsabilidad por daños que puedan causarse debido a inexactitudes e incorrecciones en los mismos.

Editorial Colex S.L. habilitará a través de la web www.colex.es un servicio online para acceder a las eventuales correcciones de erratas de cualquier libro perteneciente a nuestra editorial.

© José Julio Fernández Rodríguez

© Editorial Colex, S. L.
Calle Costa Rica, número 5, 3.º B (local comercial)
A Coruña, C. P. 15004
info@colex.es
www.colex.es

I. S. B. N.: 978-84-1194-477-9
Depósito legal: C 715-2024

SUMARIO

| | |
|--|-----|
| PRÓLOGO | 13 |
| 1. INTRODUCCIÓN | 19 |
| 2. CUESTIONES CONCEPTUALES | 23 |
| 3. UN PROBLEMA QUE NO ES NUEVO, PERO... | 33 |
| 4. UN PROBLEMA MUY GRAVE PARA LA DEMOCRACIA | 43 |
| 4.1. La toma de decisiones por la opinión pública..... | 44 |
| 4.2. El elector racional..... | 48 |
| 4.3. Ciudadanía confundida..... | 57 |
| 4.4. Un contexto negativo. La difícil deliberación..... | 63 |
| 4.5. Poderes y agentes públicos..... | 65 |
| 4.6. Seguridad..... | 71 |
| 5. UN PROBLEMA COMPLEJO | 85 |
| 5.1. Los tipos de verdad y de realidad..... | 85 |
| 5.2. El rol de las libertades de expresión e información..... | 89 |
| 5.3. Los intereses geopolíticos (la desinformación como arma de estrategia híbrida)..... | 97 |
| 5.4. El apoyo de la tecnología..... | 106 |
| 5.5. El aspecto psicológico y las motivaciones..... | 120 |
| 5.6. Técnicas de manipulación..... | 126 |
| 6. DISTINTAS ALTERNATIVAS DE SOLUCIÓN | 133 |
| 6.1. Supervisión..... | 139 |
| 6.2. Contrapropaganda..... | 152 |
| 6.3. Educación..... | 155 |
| 6.4. Periodismo de calidad..... | 164 |
| 6.5. Sanciones..... | 167 |
| 6.6. Recapitulación sobre las respuestas..... | 175 |

SUMARIO

| | |
|-------------------------------------|-----|
| 7. ¿Y EL FUTURO? | 179 |
| 8. CONCLUSIONES | 183 |
| BIBLIOGRAFÍA | 189 |
| PÁGINAS WEB | 197 |
| DOCUMENTOS Y NORMATIVA | 199 |

PRÓLOGO

La desinformación no es un fenómeno nuevo, se intuye en historias anti-semitas del S.XV¹ o en la Guerra hispano-americana de 1898 en Cuba². Sin embargo, la implantación masiva de las redes sociales ha aumentado su velocidad de propagación y su alcance a niveles imprevisibles.

La desinformación utilizada por actores estatales y no estatales ha servido para desestabilizar la democracia, erosionar la confianza en las instituciones y en los medios de comunicación, buscar la división en las sociedades con narrativas alternativas como por ejemplo en Ucrania³; o en Reino Unido con falsos mitos en apoyo del Brexit; o con el fin de desprestigiar a la Unión Europea y dividirla mediante la introducción de información manipulada en procesos electorales.

La revolución digital ha traído consigo una crisis en los medios de comunicación tradicionales y una precarización de la profesión periodística que junto a la crisis de la democracia representativa y el ascenso de los populismos da lugar a una desintermediación entre los ciudadanos y la política. Esta situación genera un terreno bien abonado para que pueda crecer el fenómeno de la desinformación.

El populismo se vale de la desinformación para introducir elementos divisivos en el debate público para, según Rabin-Havt (2016, pp. 5-7), «imposibilitar el consenso político y evitar la participación y la acción política».

1 Destaca la eficacia de la Inquisición en la diseminación de historias falsas como el caso del Santo Niño de la Guardia ocurrido en Toledo. Varios judíos y conversos fueron acusados de asesinar a un niño que nunca existió y fue uno de los pretextos para la expulsión en 1492 de los judíos.

2 La explosión del acorazado Maine en el puerto de La Habana en 1898 fue presentada en el *New York Journal* de William Randolph Hearst, de manera infundada, como un acto de responsabilidad del Estado español, con el objetivo de convencer a la sociedad norteamericana de que la guerra con España era necesaria.

3 En Ucrania, las campañas de desinformación incluyeron noticias falsas como la crucifixión falsificada de un niño de tres años por un soldado ucraniano; y las teorías de conspiración sobre la Revolución Naranja y la de Euromaidan como complots occidentales.

El uso de *fake news* también puede ser geopolítico, como en el caso de Rusia, para evitar intrusiones en su área de influencia al intentar debilitar a sus oponentes creando tensiones internas o incluso revueltas sociales desde el exterior.

El concepto de desinformación que engloba al de *fake news* es el que usó la Comisión Europea en su informe del Grupo de Expertos de Alto Nivel (HLEG): «todas las formas de información falsa, inexacta o engañosa diseñada, presentada, editada o promovida para causar daño público intencionadamente o para conseguir lucrarse» (Comisión Europea, 2018: p. 3).

Para la agencia Reuters (2017), la definición de noticias falsas se aplica a tres categorías: noticias que se inventan para ganar dinero o desacreditar a otros; noticias que tienen una base de hecho, pero que se hilan para adaptarse a una agenda particular; y noticias con las que las personas no se sienten cómodas o con las que no están de acuerdo.

Las noticias falsas también se clasifican (Martens et al. 2018) conforme a la fuente, el contenido (puntos de vista erróneos o distorsionados), el método de propagación (publicidad dirigida, *bots*⁴, redes) y la intención (influir en las elecciones, dividir y avivar el descontento, o ganar dinero).

El debate sobre noticias falsas se intensificó tras las elecciones estadounidenses de 2016, y puso el problema en la agenda de todo el mundo. Si se quiere dar una definición más precisa de las *fake news* hay que centrarse en las noticias producidas con finalidad política o para conseguir un beneficio económico (Wardle, 2017). En la misma línea se pronuncia McNair (2018: p. 38) para quien son «desinformación intencionada (invención o falsificación de hechos conocidos) con fines políticos y/o comerciales, presentada como noticias reales».

Algunos autores rechazan el término *fake news* porque es impreciso y puede ser usado por parte de los políticos como azote para criticar a los medios y a las plataformas. Los representantes políticos y sus partidos son, según el director del Instituto Reuters, Rasmus Kleis Nielsen, los grandes productores de desinformación. Así, populistas como Donald Trump utilizaron el argumento de las *fake news* para desprestigiar las críticas de los medios de comunicación, reforzar opiniones y «entretener» a la ciudadanía

Las causas de las *fake news* son complejas y provienen, según Rodríguez-Ferrándiz (2019), del relativismo rampante, el declive de la confianza en las élites, la monetización de la información en competencia por los ingresos publicitarios, la proliferación de plataformas informativas y del auge del nacionalismo y del populismo.

La polarización que generan las redes es un buen caldo de cultivo para las voces más extremistas, que juegan con los temores y prejuicios de las

4 Programas informáticos que imitan la interacción humana y difunden de manera automática campañas de desinformación en las redes sociales.

personas y buscan el caos, la confusión y el antagonismo social. El ascenso de partidos populistas coincide con el crecimiento de cuentas fraudulentas o automatizadas en las redes sociales, que se usan para manipular a la opinión pública, y con la pérdida de confianza en los medios tradicionales.

La desinformación alimenta narrativas polarizantes en el debate digital con guerras culturales en torno a cuestiones clave como la migración, los derechos de género y LGTB, la identidad nacional o el medio ambiente.

Las *fake news* incluyen algoritmos y fórmulas que generan noticias sin respeto por la precisión; son usadas por corrientes políticas populistas, y las poblaciones desconfían de los medios mientras carecen de habilidades de alfabetización mediática para discernir o comprender signos de sesgo periodístico, agendas sutiles o distinciones entre noticias y anuncios (Schudson, M. and Zelizer, B. 2017). La educación digital o alfabetización mediática supone fomentar la capacidad crítica para reducir el impacto de las *fake news* pues permite a las personas identificar la desinformación.

Asimismo, hay que destacar la rentabilidad de las noticias falsas gracias a su distribución por internet, que como explica Standage (2017) «corroen la confianza en los medios en general, y hace que sea más fácil para los políticos sin escrúpulos vender medias verdades». Ese desplazamiento de la publicidad de las organizaciones de noticias a las redes puede hacer mucho daño (Braun, J. and Eklund, J., 2019) a la credibilidad del periodismo y a las sociedades democráticas. Las plataformas digitales son un buen semillero de *fake news* pues como explica De Backer (2019) «combinan un modelo de negocio basado en la publicidad, los algoritmos que emplean para recomendar contenidos y el marco legal que les exime de cualquier responsabilidad legal respecto a los contenidos».

La viralidad de las noticias falsas genera mucho tráfico y atención de los usuarios en las plataformas, lo que permite rentabilizar al máximo la publicidad. El propietario del sitio web obtiene ingresos dependiendo del grado de interacción de los usuarios con los anuncios integrados. Para Bradshaw y Howard (2018) la economía del *clickbait*⁵ «ha ejercido una presión sobre los productores de contenido de noticias para contar historias de una manera que sea digna de clics, alimentando el aumento de contenido exagerado, inexacto, engañoso y polarizador». Es el modelo de negocio de Google y Facebook pero que también influye en los medios tradicionales de calidad que terminan contagiándose de la búsqueda de la viralidad de los contenidos.

5 Un contenido diseñado para atraer la atención, a menudo estimulando la indignación, la curiosidad o ambas cosas, para alentar a los visitantes a hacer clic en un enlace a una página web. Este enlace a menudo conduce a un anuncio u otro sitio web donde se muestran anuncios pagados.

Además, las plataformas o redes sociales, a diferencia de los medios de comunicación tradicionales no tienen responsabilidad editorial sobre los contenidos que circulan por sus redes.

Las noticias falsas son un instrumento de posverdad (Rodríguez-Ferrándiz, 2019), un término acuñado durante la Guerra del Golfo como proceso de degradación de la calidad de la democracia y de la sociedad civil.

Lo que aún hace diferente la tendencia actual de las noticias falsas, dice Harari (2018), es la tecnología, que nos permite adaptar la propaganda de manera individual y unir las mentiras a los prejuicios individuales. Los *trolls*⁶ y los *hackers* usan algoritmos de *big data* para identificar las debilidades y tendencias únicas de cada persona y luego fabrican historias consistentes con ellas y se ayudan de los bots para difundirlas. Utilizan estas historias para reforzar los prejuicios de quienes creen en ella para exacerbar las grietas en la sociedad y perforar el sistema democrático desde adentro. (Brahms, 2019).

En esta era de la posverdad también se produce «el desafío de los hechos alternativos»: la negación de los hechos descubiertos, la preferencia por los hechos que corresponden y refuerzan la opinión de una persona sobre los hechos que refutan y la fabricación de «hechos» que nunca existieron. Se prefiere las teorías de la conspiración a las científicas tras años de experimentos y todo ello porque determinados hechos apoyan y refuerzan su creencia sobre aquellos que lo refutan. Es lo que se denomina el sesgo de confirmación, que interpreta la información conforme a nuestras creencias. Aceptamos la información que encaja con nuestras opiniones y creamos una realidad paralela para que las noticias falsas se conviertan en verdad y así evitar la disonancia cognitiva⁷. Este sesgo todavía se refuerza más en las redes sociales gracias a las cámaras de eco que provocan, que es la tendencia de los usuarios a promover sus narrativas favoritas y, por lo tanto, a formar grupos polarizados (Quattrociocchi *et al.* 2016).

La exposición de los ciudadanos a una desinformación a gran escala representa un gran reto, pues socava la confianza de los ciudadanos en las instituciones y les complica la toma de decisiones informada. En un momento de desconfianza en las élites y en los medios tradicionales; el ascenso de los populismos y, lo fácil y económico que resulta para distintos actores externos e internos el uso de las redes sociales, ha facilitado el fenómeno de la desinformación, que contribuye a perforar los cimientos de las democracias. La difusión de desinformación también afecta a los procesos de elaboración de políticas, ya que influye en la opinión pública y podría manipular políticas,

6 Persona que usa las redes sociales para distribuir *fake news* o publicar comentarios con el objetivo de desestabilizar e influir en la opinión pública.

7 La tensión, malestar o incomodidad que percibimos cuando mantenemos dos ideas contradictorias o incompatibles, o cuando nuestras creencias no están en armonía con nuestra conducta.

debates sociales y comportamientos en ámbitos como el cambio climático, la migración, la seguridad pública, la salud y las finanzas. En 2024 cuando se celebra el mayor número de elecciones en el mundo y con el auge de la Inteligencia Artificial, que puede incrementar nuestra exposición a las *fake news*, o ser utilizada para desenmascararlas, habrá que estar atentos a este fenómeno tan extendido de la manipulación informativa.

Ese libro supone una buena herramienta para desentrañar el complejo fenómeno de la desinformación, además de aportar soluciones para afrontar la manipulación informativa y poder salvar a la democracia de uno de uno de los problemas que la horadan en la actualidad.

Miguel Ángel Benedicto Solsona

Periodista y profesor de Relaciones Internacionales en la UCM

Madrid, febrero de 2024

1.

INTRODUCCIÓN

Vivimos tiempos convulsos para las democracias y, también, para el mundo en general, ante el que se yerguen dudas de futuro por los problemas ambientales, la superpoblación, el incierto desarrollo tecnológico o la inseguridad internacional. Todo un cóctel de incertezas que debe analizarse con objetividad y rigor en busca de respuestas que intenten desactivar los peligros. No es aceptable permanecer inertes a la espera del desarrollo de los acontecimientos, debemos ser proactivos para ser capaces de controlar nuestro propio destino. De lo contrario caeríamos en un error, lo que, parafraseando a Fouché, es peor que un crimen.

En este panorama la problemática de la manipulación informativa es un elemento destacado por las distintas implicaciones que presenta, la dificultad de su abordaje y la repercusión negativa en varios órdenes. Nos hallamos en una época de confusión, rodeados de desinformación, mentiras y ficciones. La situación que sostiene a esta manipulación todavía está abierta, por lo que la propia sociedad no reacciona de manera adecuada al mostrarse como expectante o, más bien, indolente ante la expansión del fenómeno. Esta cierta pasividad es, no cabe duda, un éxito más del propio crecimiento de la manipulación, que ofusca en la bruma las consideraciones colectivas y atenaza a la opinión pública, sometida a cierta ceguera ante la ausencia de pensamiento crítico y de educación ciudadana. Por tales motivos el futuro genera dudas, que también son las dudas del propio desempeño eficaz de los sistemas democráticos. Estos que pueden debilitarse hasta tal punto que nos ha llevado a titular de forma tan expresiva el presente libro.

Este tipo de manipulación no resulta algo nuevo, pero es en la actualidad como se intensifica a niveles sin precedentes. El recurso a la tecnología es el que explica este crecimiento exponencial, que incluso se incrementará con el

asentamiento de las distintas tecnologías disruptivas que ahora se desarrollan. Entre ellas brilla en especial la inteligencia artificial, que puede aportar unas capacidades inusitadas para la desinformación y un cambio profundo de los contextos y condicionantes.

Además, no hay que desconocer obstáculos que a veces se olvidan: la manipulación tal vez más destacada es la que proviene de los poderes formales y fácticos con la intención de crear una suerte de sociedad del control que atenece a la ciudadanía y sirva a los intereses de dichos poderes. Resulta sorprendente que estos fenómenos no sólo se encuentran en países autoritarios, sino que también se residen en Estados democráticos. En estos, la categoría de lo políticamente correcto coadyuva a la expansión de la manipulación, insistiendo en el aludido aletargamiento de una opinión pública que se mueve en la reduccionista lógica maniquea (lo bueno y lo malo). Simplificar el mundo y la realidad es un objetivo de los constructores de las sociedades de control, que se afanan por ocultar la realidad gris de las cosas, híbrida, que admite gradaciones e intensidades. Es esa capacidad crítica que reclamamos la única que permitirá moverse con conocimiento de causas en esta realidad heterogénea y abigarrada. De nuevo, situamos en el centro de las propuestas inmediatas, como lo hemos hecho en una obra pasada, la necesidad de actuar en la lógica del fortalecimiento democrático (Fernández Rodríguez, 2021a), lo que supone empoderar a la ciudadanía desde la educación de calidad y el fomento del espíritu crítico.

Por todo lo dicho, resulta imprescindible realizar un análisis serio de la manipulación informativa desde el punto de vista constitucional y democrático, que capte las distintas variables en juego y reflexione sobre las posibles respuestas. Desde la academia no podemos ser neutrales, sino que debemos hacer oír nuestra voz para progresar como sociedad en un tema como el que vamos a analizar, clave en el tiempo presente y futuro.

La democracia debe estar siempre en movimiento, lo que también implica que nosotros los constitucionalistas actualicemos sus estudios para reactivarla y protegerla. Este es el sentido de este libro, pues estamos convencidos que pese a los embates que sufre la democracia sigue siendo el mejor sistema, incluso el único sistema aceptable para la gestión equilibrada del bien común.

La obra que ahora introducimos, como se ve en el índice, trata de seguir una línea argumental explicativa por sí misma. Su núcleo es el análisis del problema que supone la desinformación para la democracia, pero también se reflejan de forma nítida las dificultades para enfrentar dicho problema y las distintas opciones que hay para su abordaje. Privilegiamos la cita de la documentación más conectada con el caso español, aunque debemos tener en cuenta que la mayor parte de los gobiernos occidentales están trabajando y publicando sobre esta problemática. En todo caso, aunque ponemos bastantes ejemplos para ilustrar las afirmaciones que realizamos, en ningún caso este libro recoge

de forma sistemática datos estadísticos y estudios de esa índole. No es, ni mucho menos, la finalidad que pretendemos, para lo cual hay otros documentos y libros que pueden ser útiles (Gobierno de España, 2022; Amorós, 2020; Serrano, 2020; Rid, 2021). Nuestra intención tal vez sea más pretenciosa al lanzarnos al centro del desafío de manera directa.

2.

CUESTIONES CONCEPTUALES

En situaciones abiertas y todavía pendientes de solución, como es el objeto de este trabajo, resulta imprescindible delimitar correctamente los conceptos que se analizan y, también, otros a los que se aproximan. Además, cuando estamos en el marco de las ciencias sociales y jurídicas ello cobra singular interés pues podría haber discrepancias de opiniones que confundirían la investigación, lo que puede venir determinado por las diferentes visiones de los autores que investigan la temática de que se trate. Entonces, por una exigencia de la propia metodología científica, se hace preciso definir las categorías sobre las que nos moveremos. Las definiciones marcan el predio para el proceso deductivo que realizamos con posterioridad. Tenía razón Immanuel Kant cuando señaló que «todo conocimiento requiere un concepto» (Kant, 2010, 125), lo que a veces se da por supuesto, aunque nosotros preferimos en esta ocasión actuar de forma más explícita y dedicar un apartado a las cuestiones conceptuales.

En lo que ahora nos ocupa aún existen categorías abiertas, sobre las que hay ideas un tanto disímiles. Tampoco es un tema que debe extrañarnos en las ya citadas ciencias jurídicas y sociales, sobre todo en los supuestos en los que no existe una interpretación auténtica, es decir, normas que contienen las definiciones hechas por el legislador, lo que le da marchamo «oficial». Pero como decimos, en la problemática de la manipulación informativa todavía debemos precisar conceptos, lo que da lugar a que este capítulo sea muy relevante en el plan de la presente obra. En lo que sigue partimos de lo ya publicado por nosotros en 2021, que ahora ampliamos y matizamos en algún extremo. En principio, somos proclives a usar entendimientos amplios en esta sede, pero con la suficiente densidad como para no confundir unas categorías con otras. De todos modos, téngase presente que los conceptos aportados por Naciones Unidas, y que mostramos al final de este capítulo,

tienen una creciente expansión, aunque todavía no son totalmente aceptados. Por ello, comenzamos mostrando nuestras opiniones sobre las distintas categorías a tener en cuenta.

En este orden de consideraciones entendemos la **manipulación informativa** como la genérica situación en la que se altera la información transmitida en el proceso comunicativo. Los elementos iniciales del mensaje que se transmite son objeto de una tergiversación, distorsionándose al servicio de ciertos intereses. Ello abarca tanto acciones deliberadas como no intencionadas, o sea, actuaciones conscientes de la falsedad como otras en las que esta se difunde erróneamente. Lo primero sin duda es más grave, dando lugar a verdaderas campañas de manipulación; lo segundo también debe ser tenido en cuenta de forma cabal pues tiene un evidente peso, sobre todo en grupos donde uno de sus integrantes resulta fiable por ese simple hecho y dicha persona difunde el contenido manipulado por desconocimiento o negligencia. De todos modos, lo habitual es que la alteración del relato sea primero consciente y después, en la propagación de la versión modificada, se realice de forma inconsciente por parte de los terceros a los que le llega esa información. La tecnología actual, sobre todo por medio de las redes sociales, permite con suma facilidad que el receptor reenvíe el mensaje recibido e, incluso, lo reconstruya incorporando nuevos elementos. El aspecto tecnológico, en todo caso, no debe ser descuidado en ningún momento. Más abajo, al final de este capítulo 2, mostramos la posición de Naciones Unidas en torno a este concepto.

La **noticia falsa** o *fake new* pretende tener un sentido objetivo y negativo: la noticia que es contraria a la verdad, elaborada desde tal planteamiento falsario. Intenta reflejar una valoración de contraste con el parámetro que ofrece la realidad verdadera, por lo que se conecta con la mentira y el bulo (el bulo para la RAE significa «noticia falsa propalada con un fin»)⁸. Este tipo de noticia puede presentar varias formas, como centrada en la imagen antes que en el texto. Surgen así las *deepfakes*, que crean imágenes falsas (vídeos, lo que incluye también alteraciones del audio, o fotografías), bien a partir de unas preexistentes o creándolas con inteligencia artificial. Para este fin ya existen algoritmos específicos, a lo que nos referimos más abajo en el apartado 5.4. Como es sabido, el uso de imágenes es uno de los grandes reclamos de las redes, hasta el punto de que algunas sólo tienen sentido con ellas (como Instagram o Youtube). Las imágenes son una fuente de negocio enorme en el mundo digital, por lo que su uso y control se vuelve interesantísimo desde esa óptica mercantilista.

8 Para algunos autores debería usarse en castellano «bulo» y no «noticia falsa» pues al ser intencionadamente falsa ya no debería ser «noticia». Nosotros, en cambio, sí vemos ajustado hablar de «noticia falsa» para evidenciar con mayor claridad el intento desinformativo que quizá se pretenda.

En cambio, la **noticia basura** o *junk new* es la propaganda extrema o conspiranoica, que por lo tanto reduce la deliberación pública y satura en cierto sentido el debate. A veces también se verá acompañada de falsedades o engaños, lo que muestra la cercanía o solapamiento de estas categorías.

A su vez, la **desinformación** preferimos verla como la situación final del proceso comunicativo que falsea el mensaje con relación a los datos veraces. La RAE concibe el verbo desinformar como «dar información intencionalmente manipulada al servicio de ciertos fines». De esta forma, la desinformación puede ser uno de los efectos habituales de la susodicha manipulación informativa que determina la imposibilidad del conocimiento fundado de los distintos sucesos, que en ocasiones serán relevantes en la conformación de la opinión pública democrática. Como se ve, la desinformación no significa necesariamente la existencia previa de noticias falsas ya que ese negativo resultado final puede conseguirse de otras formas, como reinterpretando o seleccionando ciertos elementos, al tiempo que se omiten otros. Este concepto ha sido tratado de forma muy diversa, también imprecisa, lo que desde luego no ayuda a su análisis científico. De igual forma, desinformación se emplea como sinónimo de manipulación informativa. No lo vemos mal, pero estimamos que se consigue mayor precisión entendiéndola como hemos dicho antes, la situación final falseada del proceso de comunicación.

También se ha extendido el término **hoax** para referirse a un engaño o un bulo, generalmente difundido a través de medios electrónicos. Por lo tanto, estamos también ante información falsa diseñada para engañar o manipular a las personas. Los *hoaxes* pueden ser rumores, noticias falsas, imágenes manipuladas o cualquier tipo de contenido destinado a inducir a error. Estos engaños a menudo se propagan rápidamente debido a la velocidad de difusión en línea y pueden causar confusión, miedo o incluso daño a la reputación de personas, empresas o instituciones.

El rumor está presente en parte de las categorías que estamos viendo, acompañándolas o integrándose en ellas. Para ciertas acepciones en la RAE, el rumor es una voz que corre entre el público, cuyos sinónimos coloquiales son cotilleo, chismorreo o chisme. Desde el punto de vista de la comunicación se habla de especulación sin confirmación, difundida con cierta intencionalidad a la búsqueda de condicionar el comportamiento. Como es una información no contrastada, no se difunde de forma abierta sino de manera encubierta.

Por su parte, la **infoxicación** puede entenderse como un mero proceso, pero también como un resultado. En virtud del primero es un conjunto de actuaciones que tratan de sembrar desconcierto desde la manipulación informativa, tergiversación del relato, saturación de lo contado y ciertos elementos de confusión para oscurecer el mensaje. Y como resultado sería la situación en la que se encuentra la ciudadanía cuando la información que maneja está alterada y resulta confusa, lo que le perjudica, obviamente, en términos democráticos.

¿LA MANIPULACIÓN INFORMATIVA DESTRUIRÁ A LA DEMOCRACIA?

La extensión y gravedad del fenómeno de la manipulación informativa pone en riesgo a nuestros sistemas democráticos. Se obstaculiza el proceso de toma de decisiones, se impide la correcta formación de la opinión pública, se tergiversan elecciones o se fomentan los radicalismos. El progreso tecnológico ha potenciado todos estos problemas, y aún los incrementará en el futuro inmediato. La solución es compleja ya que las realidades son múltiples, lo que dificulta precisar lo que es verdad, además de los matices que imponen las libertades de expresión e información. También la dinámica geopolítica y los intereses del propio poder favorecen esta situación.

Este libro efectúa un análisis de la sustancia de estas cuestiones desde una óptica jurídica constitucional, aunque abierta a distintas dimensiones complementarias. La respuesta debe venir por medio de un conjunto de alternativas de solución, que incluyen sanciones para los casos más graves, supervisión y detección cualificada, contrapropaganda, la apuesta por un periodismo de calidad y, sobre todo, una educación ciudadana en términos de calidad democrática y alfabetización informacional. Sólo así, con un compromiso de la sociedad y de los poderes, podremos detener el caballo desbocado de la desinformación, observado muchas veces de forma pasiva por una opinión pública aletargada.



JOSÉ JULIO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ

Catedrático de Derecho Constitucional de la Universidad de Santiago de Compostela, donde es director de su Centro de Estudios de Seguridad (CESEG) y anteriormente delegado de protección de datos. Doctor y licenciado en Derecho, licenciado en Ciencias Políticas, en Periodismo y en Comunicación Audiovisual. Diplomado en Estudios de Seguridad y Defensa. Amplia experiencia docente y autor de un elevado número de publicaciones científicas en 17 países (más de 200 contribuciones). Asistió como experto a diversos programas jurídicos internacionales de cooperación y de fortalecimiento institucional (Perú, Turquía, Cabo Verde). Antiguo defensor del pueblo de la Comunidad Autónoma de Galicia (Valedor do Pobo). Cruz al mérito naval del Reino de España. Doctor honoris causa.

PVP: 20,00 €

ISBN: 978-84-1194-477-9



9 788411 944779